**Por un comparatismo latinoamericano: la reunión de Campinas ante los desafíos de una nueva historia de la literatura**

Facundo Gómez

Centro de Historia Intelectual – UNQUI

CONICET

Empecemos con una simple efeméride: en octubre de 2023, apenas unas semanas después de la celebración de estas IX Jornadas, se cumplieron cuarenta años del encuentro de Campinas, un evento que reunió a varias figuras claves de la crítica literaria latinoamericana. Entre ellas, se encontraban Antonio Candido, Ángel Rama, Domingo Miliani, José Luis Martínez, Beatriz Sarlo, Jacques Leenhardt, Carlos Pacheco y Roberto Schawarz. Todos ellos fueron convocados en la Universidad de Campinas por Ana Pizarro para diseñar una historia de la literatura latinoamericana desde una perspectiva comparatista.

 ¿Por qué detenernos en estas jornadas? Porque los debates de la reunión revelan cambios y tensiones de un pensamiento crítico volcado a reflexionar sobre su propia práctica, en diálogo con las transformaciones teóricas, sociales y políticas de principios de los ochenta. El encuentro, además, constituye un puente generacional entre las miradas de los intelectuales más renombrados de las décadas previas y las perspectivas de los investigadores más jóvenes. Podemos pensar las reuniones como una instantánea de las reformulaciones de la crítica literaria en un momento sustancial de su desarrollo: luego de las derrotas políticas de los setenta y antes del inminente desembarco en la academia latinoamericana de los estudios culturales, poscoloniales y subalternos.

Por otro lado, la adopción del marco comparatista para el proyecto impulsa una reflexión acerca del desarrollo y la potencialidad de la disciplina para los estudios literarios. Las discusiones en torno a este asunto conducen a la elaboración de una orientación crítica que podría ser definida como un “comparatismo latinoamericano” para marcar una muy particular apropiación del método. En suma, durante las jornadas de Campinas, los intelectuales invitados se dedicaron a debatir y revisar sus posiciones críticas en pos de un proyecto comparatista que obligó a redefinir nociones y estrategias, así como también enfrentar de un modo más atento la diversidad cultural de Latinoamérica.

En lo que sigue, se ensaya un análisis sobre dos cuestiones claves que atraviesan el proyecto: las literaturas indígenas y el comparatismo. Ambas están atravesadas por la cuestión de la identidad, la diversidad y el comparatismo y aparecen tanto en la Introducción como en el Informe Final de la reunión. La ponencia, en todo caso, es un acercamiento tentativo, que se inscribe en una investigación posdoctoral apenas iniciada, dedicada a estudiar las transformaciones de la crítica literaria latinoamericana a principios de los ochenta, con estas reuniones como objeto de estudio privilegiado.[[1]](#footnote-1)

**Campinas: una agenda latinoamericanista**

Las exposiciones y balances de la reunión de Campinas fueron compiladas en *La literatura latinoamericana como proceso* (1985), un volumen coordinado por Ana Pizarro y editado por Susana Zanetti. Se trata de una obra clásica en los estudios latinoamericanos. Sin embargo, no contamos todavía con un estudio detenido y focalizado que examine en profundidad los resultados de las reuniones o el desarrollo del proyecto en general. La presente comunicación se plantea como un aporte en ese sentido.

El libro de Pizarro tiene una organización particular. La extensa introducción reconstruye el intercambio oral en torno a los principales ejes en cuestión. Luego, se publican las exposiciones de algunos de los convocados, que abordan desde temas metodológicos hasta estudios literarios específicos. Cierra el volumen un “Informe final”, que explica los consensos logrados, los temas pendientes y la agenda próxima.

El libro está dedicado a la memoria de Ángel Rama, quien falleció en un accidente de avión un mes después de asistir a las reuniones. En el epígrafe inicial del libro se lo llama “maestro”. En el prefacio se lo coloca, junto a Pedro Henríquez Ureña y Alfonso Reyes, en una “estirpe de soñadores rigurosos… que creen en la utopía y vislumbran el camino de su realización” (Pizarro, 1985, p. 10). Tales gestos son apenas los dos primeros índices de la orientación ideológica del proyecto, que luego se comprueba y consolida a lo largo de la obra. Es posible afirmar, entonces, que la obra en su totalidad está atravesada por un programa latinoamericanista. O sea, la tentativa es pensada a partir de un determinado objeto de estudio (la literatura escrita en América Latina), un agente histórico que se hace cargo de la tarea (el equipo de críticos que conoce tanto la producción como sus problemáticas particulares) y un objetivo central: religar la literatura brasileña a la hispanoamericana y contribuir a la integración cultural de la región a través de una historización en conjunto de sus producciones literarias.

 Este aspecto del encuentro se puede rastrear también en la noción de literatura latinoamericana que se consensua en la Introducción del libro: “Unidad diversificada, el discurso de la literatura latinoamericana no constituye sino la plasmación a nivel estético de la organización que estructura históricamente al continente y que se expresa en la cultura a través de toda una serie mediaciones” (Pizarro, 1985b, p. 18). La frase es rica en significaciones, en tanto revela continuidades y cambios respecto al discurso crítico local todavía vigente. En términos de continuidad con la tradición americanista, cabe resaltar los ecos de la frase de José Martí acerca de la ligazón entre independencia política, unidad cultural y expresión literaria, que se reformula en la frase mediante la idea de una literatura que plasma un proceso histórico. La noción depende de una realidad previa y funciona como epifenómeno de estructuras disímiles y funcionamientos previos. Este aspecto más tradicional de la definición se complementa, empero, con varios elementos que hablan a las claras de un ánimo de renovación: la “unidad” se percibe plenamente diversificada, la “cultura” surge como un campo de operaciones simbólicas donde las letras adquieren su sentido y la denominada “serie de mediaciones” entre hechos históricos y escritura literaria queda resaltada como un elemento constituyente del fenómeno que rompe con la ilusión especular.

 Esta negociación entre los términos más habituales del discurso crítico latinoamericano y las nuevas miradas sobre lo literario atraviesa el volumen, que oscila entre el anclaje en la tradición y la necesidad de renovación teórica. De hecho, tal movimiento se resalta enseguida en las discusiones, cuando Pizarro anota que uno de los puntos de partida de la discusión fue “la consideración de un discurso literario múltiple” (1985b, p. 19), lo que se traduce en una conceptualización reveladora: la literatura latinoamericana, lejos de constituir un discurso homogéneo, lineal e integrado, se desarrolla a lo largo del tiempo y a través de diversas intersecciones culturales mediante al menos tres sistemas paralelos: el culto, el popular y el indígena. La operación remite de forma explícita a la idea de “literaturas heterogéneas” de Cornejo Polar, así como también a la de “espesor literario”, de Ángel Rama. Se trata, sin dudas, de una de las operaciones críticas más trascendentales del encuentro: la integración latinoamericanista queda intervenida por una diversidad cultural que se percibe, se acepta y se intentar incorporar.

**Literaturas indígenas y comparatismo: aperturas, tensiones, concesiones**

En este marco, ¿cómo se piensa la inclusión de las literaturas indígenas en la historia de la literatura? En la introducción, Pizarro refiere que el tópico fue discutido en profundidad. Se intentó trazar un estado de la cuestión que arrojó dos datos complementarios: en la historiografía previa, la producción indígena fue omitida o anclada a los tiempos precolombinos. Ante tal horizonte, los críticos asumen las limitaciones generales del equipo para abordar la problemática: en su mayoría, muestran poco conocimiento tanto de las obras como de métodos y conceptos asociados al estudio de las culturas originarias. Ante este corpus, que parece desconocido e inasible, se traza una separación entre las elaboraciones previas a la conquista y las posteriores, caracterizadas por diversos procesos de transculturación, que van desde algunas crónicas de Indias hasta el indigenismo de José María Arguedas.

En ese sentido, los participantes aceptan la existencia de un linaje literario disímil al hegemónico. Pero, a la vez, consideran que la única manera de estudiarlo es a través de una perspectiva culta y moderna. Se percibe, por lo tanto, la prevalencia de un carácter hegemónico en el tratamiento de la literatura indígena: los expertos sentencian que solo se pueden incluir en la historización aquellas obras que se transformaron en literatura a través de la mediación de una tradición crítica que mira lo indígena como lo otro y en la que ellos mismos se insertan.

 Nos queda una pregunta pendiente: ¿qué apropiación del comparatismo se traza en las reuniones y cómo dialoga el método con las problemáticas y los objetivos observados? La primera definición es la adopción del concepto de “comparatismo contrastivo”, un término acuñado por Domingo Miliani y expuesto en la reunión previa de Caracas, en 1982. La noción aquí se profundiza: en la introducción, Pizarro aclara que el comparatismo del proyecto se aleja de las concepciones tradicionales de la disciplina, para ser reinventado como una herramienta heurística tendiente a consolidar y sostener la llamada “unidad en la diversidad” que, en palabras de José Luis Martínez, define a la literatura latinoamericana. El apunte es elocuente: lo diverso convoca al ejercicio comparatista y los materiales justifican el método, por lo que no hay adopción ingenua, neutra o abstracta del abordaje, sino una operación en consonancia con el ideario latinoamericanista de atención por lo propio e integración cultural.

 Pizarro apunta que el comparatismo contrastivo capta la pluralidad de culturas de la región; habilita un trabajo de cotejo y articulación entre las letras escritas en español, portugués, las lenguas originarias y los lenguajes europeos hablados en el Caribe; finalmente, permite indagar el diálogo, las importaciones y reformulaciones literarias de los escritores locales con respecto a las obras metropolitanas. A partir de él, se puede ensayar una historización a través de tres niveles: el diálogo entre América y Europa, tan relevante en las letras y el pensamiento de las regiones dependientes; el vínculo entre las literaturas nacionales; la heterogeneidad cultural, que supone el estudio de productos artísticos elaborados más allá de los círculos cultos, tales como las literaturas populares, orales e indígenas. Como se observa, el comparatismo contrastivo es completamente funcional a la idea de la unidad en la diversidad: el ejercicio comparatista se vuelca a poner en paralelo obras y procesos, para identificar disensos y semejanzas en una serie de niveles y unidades que terminan por constituir un sistema múltiple, heteróclito, plurilingüe y multicultural, más allá de las culturas e historias nacionales.

 En el Informe Final, estas cuestiones son retomadas. En relación con las literaturas comparadas, la conclusión es llamativa: se adopta lo visto sobre la inflexión contrastiva, pero se señala que la comparación de los volúmenes proyectados no se trazará en los estudios específicos, sino que queda en manos del lector, al cual se le ofrecen trabajos monográficos, focalizados en una problemática o tópico particular. Es decir, los capítulos de la historia no adoptan el método comparatista, sino que se plantea una suerte de panorama histórico de la diversidad literaria y cultural de la región. El comparatismo, entonces, parece limitado al diseño y concepción de la mirada historiográfica, expresada en el recorte del objeto y la periodización. Salvo algunas citas de las intervenciones de Ángel Rama, no hay una justificación desarrollada de esta decisión, lo que revela que se trata de un debate abierto, cargado de interrogantes y de soluciones tentativas ante un desafío que se sobrecarga al hacer confluir dos imperativos: el latinoamericanista y el comparatista.

 En relación con las literaturas indígenas, se determina que su estudio se concibe solo a partir de la mediación letrada: “un hecho literario observado en la dinámica de su apropiación por parte del ámbito cultural occidental” (Pizarro, 1985, p. 144). La frase revela los límites de la reunión de Campinas para avanzar sobre la indagación de las literaturas indígenas. Si bien se trata de una superación de los modelos historiográficos previos, es evidente que los críticos reunidos no están convencidos de que las literaturas que no se afilian al linaje criollo tengan el mismo papel y valor en la historia que las tradiciones propias del sector letrado. Tampoco contemplan autonomía cultural ni agencia política en los pueblos originarios. No hay silenciamiento total, pero sí marginación evidente. Se trata, sin dudas, de uno de los momentos menos sólidos del diseño historiográfico elaborado en Campinas.

**A modo de conclusión: lo que dejó Campinas**

El Informe Final indica que se decidió conformar una comisión especial para dirigir los próximos pasos del proyecto, conformada por Ana Pizarro, Ángel Rama y Antonio Candido. La observación es luminosa porque resalta el carácter abierto y en proceso de desarrollo de los debates y las conclusiones del volumen. Resulta importante subrayarlo: los autores no elevan los enunciados del encuentro como una propuesta teórica definitiva ni se trata de una obra homogénea. La lectura de *La literatura latinoamericana como proceso* revela un estado de plena reformulación de nuestro discurso crítico, en el que se abren nuevas posibilidades y se discuten nuevas problemáticas sin romper con ciertos lineamientos de la tradición anterior.

 En ese sentido, la inclusión de las literaturas indígenas y la adopción del método comparatista son ejemplos de cómo funcionaron en la reunión la revisión y apropiación de conceptos, respectivamente. En el primer caso, se capta la necesidad de una ruptura epistemológica, pero la propuesta superadora continúa enredada en el etnocentrismo. En el segundo caso, se toma el comparatismo como metodología, pero desde una perspectiva latinoamericanista que convierte a la comparación en una herramienta más para el conocimiento mutuo y la integración latinoamericana. Ambos puntos evidencian que es la cuestión de la diversidad cultural la que obliga a una revisión del propio discurso y la que conduce a nuevas conceptualizaciones todavía problemáticas, cargadas de huecos y aporías.

En todo caso, la renovación no es causada por la importación de teoría literaria metropolitana. Más bien, las reuniones de Campinas expresan el esfuerzo de un grupo de críticos latinoamericanos –con disímiles formaciones académicas, posturas ideológicas y experiencias históricas–, dispuestos a actualizar la historia de las letras en la región desde intereses y proyecciones propios. Es aquí, en la confluencia de estos elementos heterogéneos, donde surgen las tensiones teóricas. Pero también es la precisa coordinada geopolítica que enriquece la propuesta y la potencia a través de la fundación de un “comparatismo latinoamericano”, que se constituye como una metodología posible, o al menos una interpelación sugerente, para la crítica latinoamericana contemporánea.

**Bibliografía**

Pizarro, Ana (1985b). Introducción. *La literatura latinoamericana como proceso*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.

Pizarro, Ana (Coord.) (1985). *La literatura latinoamericana como proceso*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.

1. El proyecto se titula “Latinoamericanismo en debate: tensiones y transformaciones de la crítica literaria en los años ochenta”. Radicada en el Centro de Historia Intelectual de la Universidad de Quilmes (Argentina), bajo la dirección de Ximena Espeche, la investigación que llevo adelante gracias a una beca del CONICET (Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas) indaga los desplazamientos y reformulaciones que el discurso crítico latinoamericano experimenta por esos años, a partir de disruptivos diálogos transdisciplinarios y ante nuevos escenarios culturales, políticos y sociales. [↑](#footnote-ref-1)